

*“Nicodemo, Jesús y la Misión”
(Juan 3:1-17)*

Caguarené
(Fiesta de Misión).

Sal. 29; Is. 6:1-8; Jn. 3:1-17

Introducción

¿Qué es el amor? “Amor es cuando mi abuela comenzó a sufrir de repente una artritis severa, ella ya no podía agacharse para pintar las uñas del pie. Y desde entonces mi abuelo hace eso por ella. Y eso a pesar de que él también tiene artritis en las manos” (Rebeca, 8 años). “Amor es aquello que te hace sonreír cuando uno está cansado (Terri, 4 años). “Amor es cuando mi papá hace café para mi mamá y antes lo prueba para ver si está bien” (Danny, 7 años). “Si quieres aprender a amar mejor, entonces deberías comenzar amando a alguien que te odia” (Nikka, 6 años). “Amor es cuando, mi mamá ve a mi padre todo sucio y sudado y todavía dice que es más bonito que George Clooney” (Chris, 7 años).¹ Y para ti, ¿qué es el amor?

1) Nicodemo

Dios es amor, por eso nos dio a su Hijo, Jesucristo. Él se encontró una noche con Nicodemo, un fariseo, un maestro de la ley. Dos maestros se encontraron para hablar. Dos maestros se reunieron para hablar de Dios que es amor. Pero Nicodemo es de la tierra, piensa como el hombre terrenal. En cambio, Jesús viene del cielo, habla de las cosas del cielo. Por eso Nicodemo no entiende a Jesús, porque no reconoce a quién tiene enfrente: al Hijo único de Dios, el Verbo encarnado.

Nicodemo representa a la humanidad frente a Dios. La humanidad cree que tiene algo para presentar delante de Dios para su justificación. Una humanidad que, cuando vino Cristo, le dijo: No gracias, yo ya tengo algo para presentar a Dios para salvarme (Jn. 1:11). Pero el que se considera a sí mismo pobre en espíritu (Mt. 3:5), ese sí recibe la vida eterna, porque su justicia es para él los méritos del Salvador Jesucristo, quien obtuvo para él el perdón completo de sus pecados, la justificación delante de Dios, y la vida eterna. De tal manera que, justificados por la fe, tenemos paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo (Ro. 5:1).

Nicodemo admira a Jesús como maestro, pero todavía no como Redentor. En verdad, Nicodemo no puede hacer otra cosa, porque él todavía no es un hombre espiritual, no ha nacido de nuevo. Él todavía es carnal, todavía está ciego. Nicodemo está en la noche de este mundo, y todavía no alcanza a ver los rayos salvadores de la gracia de Dios. Está cerca del reino de Dios, pero no está adentro. Y estar cerca, no es estar adentro.

La sabiduría de este mundo, en verdad, no alcanza a conocer a Dios. La razón humana es espiritualmente ciega, y la voluntad humana (el albedrío) es totalmente incapaz de decidirse a creer en Dios. Porque la fe es un don que recibimos de Dios. La fe no es una capacidad nuestra. A lo sumo, el hombre por naturaleza cree en sí mismo, y con todas sus fuerzas, pero no sabe lo que es la fe salvadora. Si el hombre no es traído a la fuente de la vida eterna, es decir, a las aguas salvadoras y regeneradoras del Bautismo, no puede entrar en el reino de Dios. Si el hombre no oye la Palabra de Dios, mediante la cual el Espíritu Santo le ilumina y le da el don de la fe, no puede entrar en el reino de Dios. El evangelio y los sacramentos del Bautismo y la Santa Cena son los

¹ Recuperado el día 30 de mayo de 2015 de <http://diariodasnoticias.com/essas-criancas-aparentemente-observaram-seus-pais-muito-bem-o-que-elas-tem-dizer-sobre-o-tema-amor-e-desconcertante/>

medios por los cuales Dios Espíritu Santo crea hijos de Dios en la Iglesia de Cristo, que es nuestra madre. Donde no se predica a Cristo crucificado, donde no hay Bautismo, donde no hay Santa Cena, entonces no hay el Espíritu Santo soplando en los corazones la gracia del perdón, la vida y la salvación eterna.

La gracia de Dios llega a nosotros de varias maneras. Estar cerca de los medios de gracia es lo más importante en la vida cristiana: leer la palabra de Dios, oír la predicación, acudir al maná del cielo de la santa cena, que es el sacramento del amor; traer a los bebés al bautismo regenerador; la confesión y absolución. Feliz de aquel que considera estos medios divinos el sustento de su vida, el sustento de esta congregación, y la roca sobre la cual Cristo edifica a su hogar, a su matrimonio. Pero, ¡ay de aquel que, llamándose cristiano, desprecia el evangelio y los sacramentos! Su fe no durará mucho tiempo. Cuando vengan las pruebas, no podrá cantar ni decir: Más cerca o Dios de ti, yo quiero estar, aunque en una cruz me haya de alzar (Himno 210). No podrá cantar esto, sino que los terrores de conciencia lo llevarán a la desesperación, al odio a Dios, a renegar de la gracia, y a construirse castillos de arena, con la ilusión ficticia de que puede solo, de que merece el cielo por sus propios medios. Al final, terminará ciego como Nicodemo, perdiéndose para siempre en el lago de fuego del infierno, con satanás y todos los demonios. El justo vivirá por la fe, pero el pecador que no se arrepienta, será condenado al fuego eterno.

2) Jesús

Cuando Jesús habla con Nicodemo, no le felicita, no le acepta el elogio. Jesús sabe que Nicodemo está espiritualmente ciego, que su voluntad es cautiva del diablo, del pecado y de la muerte. Aceptar el elogio de Nicodemo sería como decirle a un enfermo de cáncer que está sano, y enviarlo de vuelta a su casa como si nada. Por eso Jesús, como médico divino, comienza aplicando el bisturí de la ley, y le dice: el que no nace de nuevo, no puede entrar en el reino de Dios. Jesús es amable, y aplica la ley con amor. Le dice a Nicodemo: por más que te esfuerces a entrar al cielo por tus propios medios, no lo lograrás. No es portándote bien que Dios te aceptará en su reino. Tú voluntad, en asuntos espirituales, es como la de Lázaro en el sepulcro: no puedes resucitar por ti mismo a una nueva vida, a menos que el Hijo de Dios te llame con su Palabra, te dé vida y te haga caminar. Por eso el Padre celestial me envió el mundo, no para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio del sacrificio de su único Hijo. Así estaba profetizado en el Antiguo Testamento en la serpiente de bronce: que el Hijo de Dios debía dar su vida en la cruz como precio para pagar por el pecado del mundo.

Jesús, al ver que Nicodemo sigue preguntándole acerca de la naturaleza de este nuevo nacimiento para entrar el cielo, él entonces agrega algo más: el que no nace de nuevo del *agua* y del *Espíritu*. El agua y el Espíritu se refieren al sacramento del Bautismo. Agua, el elemento terrenal, y el Espíritu, que es dado por la palabra de Dios unida al agua. El bautismo es el baño de regeneración, donde nacemos de nuevo, no de nuestra madre, sino de Dios. El bautismo es un milagro de Dios. No lo podemos entender. Pero al mismo está unido una promesa y el nombre de Dios. Ser bautizado en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, significa ser bautizado por Dios mismo. Y donde está puesto el nombre de Dios, allí hay perdón, vida y salvación. El bautismo es la entrada al reino de Dios. Dios mismo, en el Bautismo, nos abrió la puerta y nos hizo entrar a las moradas eternas. No somos nosotros los que elegimos a Dios, sino que Cristo nos escogió a nosotros para ser su amigos (Jn. 15:16).

Por eso, nuestra elección como hijos de Dios y nuestra salvación es segura, porque no depende del obrar del hombre, sino del amor de Dios. Dios nos ama y nos ha escogido por gracia, como un regalo, para que seamos todos hijos de un mismo Padre celestial, bajo

un solo Pastor, en un solo rebaño. El amor de Dios supera toda medida. El amor de Dios es Dios mismo. Dios es amor, y envió a su Hijo amado a morir por nuestros pecados. Y esta es la Buena Noticia, el evangelio: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn. 3:16).

Dios Espíritu Santo es quien reparte este regalo de la salvación obtenida por Cristo en la cruz, para que no quedemos huérfanos, sino para que seamos parte del cuerpo de Cristo, y seamos parte del templo del Espíritu Santo: la iglesia. El Bautismo no es la entrada a una denominación cristiana, o a una congregación. El Bautismo es la puerta del cielo, es la entrada al reino de Dios. Por eso, el Bautismo es una vez en nuestra vida. Y si alguien le ha fallado a Dios, y está bautizado, no precisa bautizarse nuevamente. En cambio, hermano, haga uso de su Bautismo: arrepíentase, pida perdón a Dios por su pecado, y confíe en la promesa de perdón que Cristo otorga a los corazones arrepentidos en su evangelio, en la absolución, en la Santa Cena: Tomen, y coman: Esto es mi Cuerpo, esto es mi Sangre, derramada por ustedes para el perdón de sus pecados.

Podemos ver que el amor de Dios, es un amor encarnado. Dios siempre viene a nosotros a través de medios: a través de Cristo, el Verbo encarnado; a través de su Palabra, la Biblia, la enseñanza, la predicación; a través del Bautismo; a través de la Santa Cena; a través de la Absolución; a través del consejo y consuelo mutuo entre los hermanos en la fe.

3) La Misión (Missio Dei)

Por eso, hablar de misión es hablar de ministerio, palabra y sacramentos. Estos tres, ministerio, palabra y sacramentos, van al frente como banderas que identifican dónde Cristo y su Iglesia están, para que se reúnan en torno a ellos los pecadores.

Primero: el Ministerio. Si no fuera por Jesús que le enseñó y le predicó a Nicodemo esa noche, Nicodemo no hubiera tenido oportunidad de salvación. Hoy día Jesús, el nos habla y nos alimenta en medio de la iglesia a través de sus representantes: los pastores, maestros y evangelistas, para que prediquen a Cristo como el Redentor y administren los sacramentos. Este servicio instituido por Cristo se llama el ministerio pastoral. Por medio de la predicación de los pastores llamados y ordenados por la Iglesia, Dios crea, sustenta y acrecienta la fe, tanto en medio nuestro como en otros lugares. Oren por más pastores, y oren por el que ya tienen. También, y especialmente, compete a los padres cristianos que enseñen la palabra de Dios en su hogar: que le enseñen a sus hijos a leer las Escrituras, le enseñen el Catecismo, a ser personas honradas, misericordiosas, para que a través de su ejemplo de vida, otras personas se interesen por Cristo y su evangelio.

Segundo: la Palabra. Hablar de misión es referirse a la Palabra de Dios. Muchos métodos, muchas estrategias, muchas dinámicas se encuentran por ahí dando vueltas. Pero las estrategias de mercado no pueden aplicarse al reino de Dios. Porque la misión es una empresa divina. Y Dios, que es sencillo y humilde, emprende su misión de salvar mediante herramientas sencillas pero a la vez poderosas. El medio por el cual Dios crea y hace crecer su iglesia en la tierra, es la Palabra de Dios. Sin la Palabra, no existiría la iglesia. Volver a la centralidad de la Palabra de Dios, del Culto Divino y la liturgia, es imperioso en nuestros días. La Palabra de Dios no es aburrida, la palabra no es vacía. El Culto es el cielo en la tierra. Dios, por medio de la Palabra eterna, de Cristo, creó los cielos y la tierra, ¿cómo no podría ella sola hacer crecer la iglesia? Se debería volver a estudiar qué es el culto y la liturgia.

El tema es que la Palabra de Dios fue escrita por Dios mismo, a través de sus siervos los profetas y los apóstoles, en dos formas: en forma de ley, y en forma de evangelio. Ambos, la ley y el evangelio, componen un bordado hecho con punto cruz, al

cual llamamos Biblia. Detectar el hilo de la ley y el hilo del evangelio en el texto bíblico, es un arte, que solo el Espíritu Santo enseña en la escuela de la experiencia. Creo que como iglesia en misión, se debería volver a estudiar la ley y el evangelio, como las dos maneras en que Dios nos habla, a fin de poder interpretar correctamente su preciosa Palabra y se enseña en toda su pureza.

Tercero y último: los sacramentos. ¿Cuánto valor das al Bautismo? ¿Y la Santa Cena? ¿Qué valor tiene en tu vida el hecho de que estés bautizado? ¿Sabes tu fecha de bautismo? ¿Acudes a la Santa Cena con frecuencia? ¿Por qué sí? ¿Por qué no? ¿Qué sabes del Bautismo? ¿Qué sabes de la Santa Cena? ¿Vives como un Bautizado, en arrepentimiento y fe diario, encomendándote a Dios en oración cada, y a tus hijos, a tu trabajo, para que Dios te conduzca? ¿Te reconciliaste con tu hermano? ¿Vives el tesoro de amor de la Santa Cena, practicando obras de misericordia en tu familia, vecinos, amigos, con el prójimo necesitado? ¿Cuánto has orado por las almas perdidas, cuánto ofrendas por gratitud al Señor?

Conclusión

Para ti, ¿qué es el amor? Dios es amor, por eso no ha dado a su Hijo. “Señor, heme aquí: envíame a mí como mensajero de tu amor” (Is. 6:8). Amén.